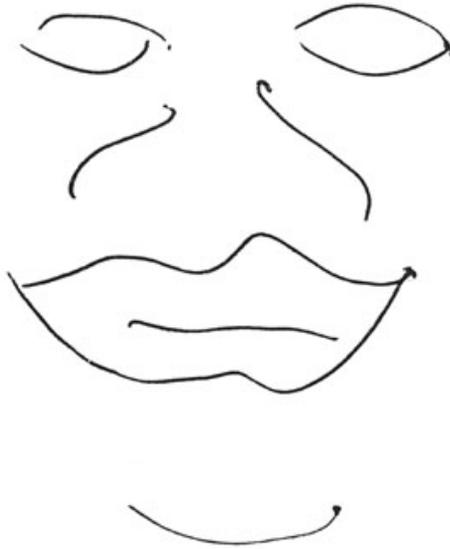


EL SON ENTERO



(1947)

Nicolás Guillén

El son entero

(1947)

Guitarra

A Francisco Guillén

Tendida en la madrugada
la firme guitarra espera:
voz de profunda madera
desesperada.

Su clamorosa cintura,
en la que el pueblo suspira,
preñada de son, estira
la carne dura.

Arde la guitarra sola,
mientras la luna se acaba;
arde libre de su esclava
bata de cola.

Dejó al borracho en su coche,
dejó el cabaret sombrío,
donde se muere de frío,
noche tras noche,
y alzó la cabeza fina,
universal y cubana,
sin opio, ni marihuana,
ni cocaína.

¡Venga la guitarra vieja,
nueva otra vez al castigo
con que la espera el amigo,
que no la deja!

Alta siempre, no caída,
traiga su risa y su llanto,
clave las uñas de amianto
sobre la vida.

Cógela tú, guitarrero,
límpiale de alcol la boca,
y en esa guitarra, toca
tu son entero.

El son del querer maduro,
tu son entero;
el del abierto futuro,
tu son entero;
el del pie por sobre el muro,
tu son entero...

Cógela tú, guitarrero,
límpiale de alcol la boca,
y en esa guitarra, toca
tu son entero.

....

Mi patria es dulce por fuera...

Mi patria es dulce por fuera,
y muy amarga por dentro;
mi patria es dulce por fuera,
con su verde primavera,
con su verde primavera,
y un sol de hiel en el centro.

¡Qué cielo de azul callado
mira impasible tu duelo!
¡Qué cielo de azul callado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
ay, Cuba, el que Dios te ha dado,
con ser tan azul tu cielo!

Un pájaro de madera
me trajo en su pico el canto;
un pájaro de madera.
¡Ay, Cuba, si te dijera,
yo, que te conozco tanto,
ay, Cuba, si te dijera,
que es de sangre tu palmera,
que es de sangre tu palmera,
y que tu mar es de llanto!

Bajo tu risa ligera,
yo, que te conozco tanto,
miro la sangre y el llanto,
bajo tu risa ligera.

Sangre y llanto
bajo tu risa ligera;
sangre y llanto

bajo tu risa ligera.
Sangre y llanto.

El hombre de tierra adentro
está en un hoyo metido,
muerto sin haber nacido,
el hombre de tierra adentro.

Y el hombre de la ciudad,
ay, Cuba, es un pordiosero:
anda hambriento y sin dinero,
pidiendo por caridad,
aunque se ponga sombrero
y baile en la sociedad.

(Lo digo en mi son entero,
porque es la pura verdad.)

Hoy yanqui, ayer española,
sí, señor,
la tierra que nos tocó,
siempre el pobre la encontró
si hoy yanqui, ayer española,
¡cómo no!

¡Qué sola la tierra sola,
la tierra que nos tocó!

La mano que no se afloja
hay que estrecharla en seguida;
la mano que no se afloja,
china, negra, blanca o roja,
china, negra, blanca o roja,
con nuestra mano tendida.

Un marino americano,
bien,
en el restaurant del puerto,
bien,
un marino americano
me quiso dar con la mano,
me quiso dar con la mano,
pero allí se quedó muerto,
bien,
pero allí se quedó muerto
bien,
pero allí se quedó muerto
el marino americano
que en el restaurant del puerto
me quiso dar con la mano,
¡bien!



Sudor y látigo

Látigo,
sudor y látigo.

El sol despertó temprano
y encontró al negro descalzo,
desnudo el cuerpo llagado
sobre el campo.

Látigo,
sudor y látigo.

El viento pasó gritando:
-¡Qué flor negra en cada mano!

La sangre le dijo: ¡vamos!
Él dijo a la sangre: ¡vamos!
Partió en su sangre, descalzo.
El cañaveral, temblando,
le abrió paso.

Después, el cielo callado,
y bajo el cielo, el esclavo
tinto en la sangre del amo.

Látigo,
sudor y látigo,
tinto en la sangre del amo;

látigo,
sudor y látigo,
tinto en la sangre del amo,
tinto en la sangre del amo.

...

Ébano real

Te vi al pasar, una tarde,
ébano, y te saludé:
duro entre todos los troncos,
duro entre todos los troncos,
tu corazón recordé.

Arará, cuévano,
arará sabalú.

-Ébano real, yo quiero un barco,
ébano real, de tu negra madera...
Ahora no puede ser,
espérate, amigo, espérate,
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,
arará sabalú.

-Ébano real, yo quiero un cofre,
ébano real, de tu negra madera...
Ahora no puede ser,
espérate, amigo, espérate,
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,
arará sabalú

-Ébano real, yo quiero un techo,
ébano real, de tu negra madera...
Ahora no puede ser,
espérate, amigo, espérate,
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,
arará sabalú.

-Quiero una mesa cuadrada
y el asta de mi bandera;
quiero mi pesado lecho,
quiero mi lecho pesado,

ébano, de tu madera,
ay, de tu negra madera...
Ahora no puede ser,
espérate, amigo, espérate,
espérate a que me muera.

Arará, cuévano,
arará sabalú.

Te vi al pasar, una tarde,
ébano, y te salude:
duro entre todos los troncos,
duro entre todos los troncos,
tu corazón recordé.

...

Son número 6

Yoruba soy, lloro en yoruba
lucumí.
Como soy un yoruba de Cuba,
quiero que hasta Cuba suba mi llanto yoruba,
que suba el alegre llanto yoruba
que sale de mí.

Yoruba soy,
cantando voy,
llorando estoy,
y cuando no soy yoruba,
soy congo, mandinga, carabalí.

Atiendan, amigos, mi son, que empieza así:

Adivinanza
de la esperanza:
lo mío es tuyo,
lo tuyo es mío;
toda la sangre
formando un río.

La ceiba ceiba con su penacho;
el padre padre con su muchacho;
la jicotea en su carapacho.
¡Que rompa el son caliente,
y que lo baile la gente,
pecho con pecho,
vaso con vaso
y agua con agua con aguardiente!

Yoruba soy, soy lucumí,
mandinga, congo, carabalí.

Atiendan, amigos, mi son, que sigue así:
Estamos juntos desde muy lejos,
jóvenes, viejos,
negros y blancos, todo mezclado;
uno mandando y otro mandado,
todo mezclado;
San Berenito y otro mandado
todo mezclado;
negros y blancos desde muy lejos,
todo mezclado;
Santa María y uno mandado,
todo mezclado;
todo mezclado, Santa María,

San Berenito, todo mezclado,
todo mezclado, San Berenito,
San Berenito, Santa María,
Santa María, San Berenito,
¡todo mezclado!

Yoruba soy, soy lucumí,
mandinga, congo, carabalí.

Atiendan, amigos, mi son, que acaba así:
Salga el mulato,
suelte el zapato,
díganle al blanco que no se va...

De aquí no hay nadie que se separe;
mire y no pare,
oiga y no pare,
beba y no pare,
coma y no pare,
viva y no pare,
¡que el son de todos no va a parar!

...

Turiguanó

Isla de Turiguanó,
te quiero comprar entera
y sepultarte en mi voz.

¡Oh luz de estrella marina,
isla de Turiguanó!
-¡Sí, señor,

cómo no!

Isla de Turiguanó,
sin piratas quiero verte,
largo a largo bajo el sol,
suelta en tu coral redondo,
isla de Turiguanó.

-¡Sí, señor,
cómo no!

Hojas de plátano lento,
isla de Turiguanó,
despiertas cuando tú duermas
quiero en tu fiel abanico,
isla de Turiguanó.

-¡Sí, señor,
como no!

¡Vámonos al mar Caribe,
isla de Turiguanó,
en un velero velero,
sobre las aguas en vela,
isla de Turiguanó!

-¡Sí, señor,
cómo no!

¡Ay, Turiguanó soñando,
clavada frente a Morón:
cielo roto, viento blando,
ay, Turiguanó llorando,
ay, Turiguanó!

Cuando yo vine a este mundo

Cuando yo vine a este mundo,
nadie me estaba esperando
así mi dolor profundo
se me alivia caminando,

pues cuando vine a este mundo,
te digo,
nadie me estaba esperando.
Miro a los hombres nacer,
miro a los hombres pasar;
hay que andar,
hay que mirar para ver,
hay que andar.

Otros lloran, yo me río,
porque la risa es salud:
lanza de mi poderío,
coraza de mi virtud.

Otros lloran, yo me río,
porque la risa es salud.

Camino sobre mis pies,
sin muletas ni bastón,
y mi voz entera es
la voz entera del son.

Camino sobre mis pies,
sin muletas ni bastón.

Con el alma en carne viva,

abajo, sueño y trabajo,
ya estará el de abajo arriba
cuando el de arriba esté abajo.

Con el alma en carne viva,
abajo, sueño y trabajo.

Hay gentes que no me quieren,
porque muy humilde soy;
ya verán como se mueren
y que hasta a su entierro voy,
con eso y que no me quieren
porque muy humilde soy.

Miro a los hombres nacer,
miro a los hombres pasar;
hay que andar,
hay que vivir para ver,
hay que andar.

Cuando yo vine a este mundo,
te digo,
nadie me estaba esperando;
así mi dolor profundo,
te digo,
se me alivia caminando,
te digo,
pues cuando vine a este mundo,
te digo,
¡nadie me estaba esperando!

Una canción en el Magdalena

(COLOMBIA)

Sobre el duro Magdalena,
largo proyecto de mar,
islas de pluma y arena
graznan a la luz solar.

Y el boga, boga.
El boga, boga
preso en su aguda piragua,
y el remo, rema; interroga
al agua.

Y el boga, boga.

Verde negro, y verde verde,
la selva elástica y densa,
ondula, sueña, se pierde,
camina y piensa.

Y el boga, boga.

¡Puertos
de oscuros brazos abiertos!
Niños de vientre abultado
y ojos despiertos.

Hambre. Petróleo. Ganado...

Y el boga, boga.

Va la gaviota esquemática,
con ala breve y sintética,
volando apática...

Blanca, la garza esquelética.
Y el boga, boga.

Sol de aceite. Un mico duda
si saluda o no saluda
desde su palo, en la alta
mata donde chilla y salta
y suda...

Y el boga, boga.

¡Ay, qué lejos Barranquilla!

Vela el caimán a la orilla
del agua, la boca abierta.

Desde el pez, la escama brilla.

Pasa una vaca amarilla
muerta.

Y el boga, boga.

El boga, boga,
sentado,
boga.

El boga, boga,
callado,
boga.

El boga, boga,
cansado,
boga...

El boga, boga,
preso en su aguda piragua,
y el remo, rema: interroga
al agua.

...

Elegía

Por el camino de la mar
vino el pirata,
mensajero del Espíritu Malo,
con su cara de un solo mirar
y con su monótona pata
de palo.

Por el camino de la mar.

Hay que aprender a recordar
lo que las nubes no pueden olvidar.

Por el camino de la mar,
con el jasmín y con el toro,
y con la harina y con el hierro,
el negro, para fabricar
el oro;
para llorar en su destierro
por el camino de la mar.

¿Cómo vais a olvidar
lo que las nubes aún pueden recordar?

Por el camino de la mar,
el pergamino de la ley,
la vara para malmedir,
y el látigo de castigar,
y la sífilis del virrey,
y la muerte, para dormir
sin despertar,
por el camino de la mar.

¡Duro recuerdo recordar
lo que las nubes no pueden olvidar
por el camino de la mar!

...

Son venezolano

Con mi *tres* o con su *cuatro*,
cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño.

-Canto en Cuba y Venezuela,
y una canción se me sale:
¡qué petróleo tan amargo,
caramba,
ay, qué amargo este petróleo,
caramba,
que a azúcar cubano sabe!
¡Cante, Juan Bimba,

yo lo acompaño!

La misma mano extranjera
que está sobre mi bandera,
la estoy mirando en La Habana:
¡pobre bandera cubana,
cubana o venezolana,
con esa mano extranjera,
inglesa o americana
mandándonos desde fuera!

¡Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

-Zamora, véngase acá,
tráigase sus huesos juntos,
y dejando a los difuntos
camine y despierte ya.

Aquí este bojote está
muy parecido al sesenta:
el que puede, se calienta,
el que no, se pone a enfriar,
y a la hora de contar
todos enredan la cuenta.

¡Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

-Ando a pie, bebo parado,
me buscan cuando hago falta,
y mi cobija es tan alta
que duermo sobre ella echado.

Éste es mi canto cerrado,
que en vez de cantar recito;
ahora lo digo pasito,
porque es cosa suya y mía,
pero así que llegue el día,
en vez de cantar, ¡lo grito!

¡Grite, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

...

Barlovento

(VENEZUELA)

Cuelga colgada,
cuelga en el viento,
la gorda luna
de Barlovento.

Mar: Higuerote.
(La selva untada
de chapapote.)

Río: Río Chico.
(Sobre una palma,
verde abanico,
duerme un zamuro
de negro pico.)

Blanca y cansada,
la gorda luna

cuelga colgada.
El mismo canto
y el mismo cuento,
bajo la luna
de Barlovento.

Negro con hambre,
piernas de sogá,
brazos de alambre.

Negro en camisa,
tuberculosis
color ceniza.

Negro en su casa,
cama en el suelo,
fogón sin brasa.

¡Qué cosa cosa,
más triste triste,
más lastimosa!

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.)

Suena, guitarra
de Barlovento,
que lo que digas
lo lleva el viento.

-Dorón dorando.
un negro canta
y está llorando.

-Dorón dorendo,
amigos, sepan
que no me vendo.

-Dorón dorindo,
si me levanto,
ya no me rindo.

-Dorón dorondo.
de un negro hambriento
yo no respondo.

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.)

...

Glosa

*No sé si me olvidarás.
ni si es amor este miedo:
yo sólo sé que te vas,
yo sólo sé que me quedo.*

ANDRÉS ELOY BLANCO

1

Como la espuma sutil
en que el mar muere deshecho,
cuando roto el verde pecho
se desangra en el cantil,
no servido, sí servil,
sirvo a tu orgullo no más,
y aunque la muerte me das,
ya me ganes o me pierdas,
sin saber si me recuerdas
no sé si me olvidarás.

2

Flor que sólo una mañana
duraste en mi huerto amado,
del sol herido y quemado
tu cuello de porcelana:
quiso en vano mi ansia vana
taparte el sol con un dedo;
hoy así a la angustia cedo
y al miedo, la frente mustia...
No sé si es odio esta angustia,
ni si es amor este miedo.

3

¡Qué largo camino anduve
para llegar hasta ti,
y qué remota te vi
cuando junto a mí te tuve!
Estrella, celaje, nube,
ave de pluma fugaz,
ahora que estoy donde estás,
te deshaces, sombra helada:
ya no quiero saber nada;
yo sólo sé que te vas.

4

¡Adiós! En la noche inmensa
y en alas del viento blando,
veré tu barca bogando,
la vela impoluta y tensa.
Herida el alma y suspensa
te seguiré, si es que puedo;
y aunque iluso me concedo
la esperanza de alcanzarte,
ante esa vela que parte,
yo sólo sé que me quedo.

...

Palma sola

La palma que está en el patio
nació sola;
creció sin que yo la viera,
creció sola;
bajo la luna y el sol,
vive sola.

Con su largo cuerpo fijo,
palma sola;
sola en el patio sellado,
siempre sola,
guardián del atardecer,
sueña sola.

La palma sola soñando,
palma sola,
que va libre por el viento,
libre y sola,
suelta de raíz y tierra,
suelta y sola;
cazadora de las nubes,
palma sola,
palma sola,
palma.

...

Agua del recuerdo

¿Cuándo fue?
No lo sé.

Agua del recuerdo
voy a navegar.

Pasó una mulata de oro,
y yo la miré al pasar:

moño de seda en la nuca,
bata de cristal,

niña de espalda reciente,
tacón de reciente andar.

Caña
(febril le dije en mí mismo),
caña

temblando sobre el abismo,
¿quién te empujará?

¿Qué cortador con su mocha
te cortará?

¿Qué ingenio con su trapiche
te molerá?

El tiempo corrió después,
corrió el tiempo sin cesar,

yo para allá, para aquí,
yo para aquí, para allá,

para allá, para aquí,
para aquí, para allá...

Nada sé, nada se sabe,
ni nada sabré jamás,

nada han dicho los periódicos,
nada pude averiguar,

de aquella mulata de oro
que una vez miré al pasar,

moño de seda en la nuca,
bata de cristal,

niña de espalda reciente,
tacón de reciente andar.

...

Un son para niños antillanos

Por el Mar de las Antillas
anda un barco de papel:
anda y anda el barco barco,
sin timonel.

De La Habana a Portobelo,
de Jamaica a Trinidad,
anda y anda el barco barco,
sin capitán.

Una negra va en la popa,
va en la proa un español:
anda y anda el barco barco,
con ellos dos.

Pasan islas, islas, islas,
muchas islas, siempre más;
anda y anda el barco barco,
sin descansar.

Un cañón de chocolate
contra el barco disparó,
y un cañón de azúcar, zúcar,
le contestó.

¡Ay, mi barco marinero,
con su casco de papel!
¡Ay, mi barco negro y blanco
sin timonel!

Allá va la negra negra,
junto junto al español;
anda y anda el barco barco
con ellos dos.

La vida empieza a correr...

La vida empieza a correr
de un manantial, como un río;
a veces, el cauce sube,
a veces, el cauce sube,
y otras se queda vacío.

Del manantial que brotó
para darte vida a ti,
ay, ni una gota quedó
para mí:
la tierra se lo bebió.

Aunque tú digas que no,
el mundo sabe que sí,
que ni una gota quedó
del manantial que brotó
para darte vida a ti.

...

Pero que te pueda ver...

Si es que me quieres matar,
no esperes a que me duerma,
pues no podré despertar.

Muerto,
ay, muerto y también dormido,
no es ni morir ni soñar,
no es ni recuerdo ni olvido.

Muerto,
ay, muerto y también dormido.

Mátame al amanecer,
o de noche, si tú quieres;

pero que te pueda ver
la mano;

pero que te pueda ver
las uñas;

15

pero que te pueda ver
los ojos,

pero que te pueda ver.

...

El negro mar

La noche morada sueña
sobre el mar;
la voz de los pescadores
mojada en el mar;
ale la luna chorreando
del mar.

El negro mar.

Por entre la noche un son
desemboca en la bahía;
por entre la noche un son.

Los barcos lo ven pasar,
por entre la noche un son,
encendiendo el agua fría.

Por entre la noche un son,
por entre la noche un son,
por entre la noche un son...

El negro mar.

-Ay, mi mulata de oro fino,
ay, mi mulata
de oro y plata,
con su amapola y su azahar,
al pie del mar hambriento y masculino,
al pie del mar.

...

Ácana

Allá dentro, en el monte,
donde la luz acaba,
allá en el monte adentro,
ácana.

Ay, ácana con ácana,
con ácana;
ay, ácana con ácana.

El horcón de mi casa.

Allá dentro, en el monte,
ácana,

bastón de mis caminos,
allá en el monte adentro...

Ay, ácana con ácana
con ácana;
ay, ácana con ácana.

Allá dentro, en el monte,
donde la luz acaba,
tabla de mi sarcófago,
allá en el monte adentro...

Ay, ácana con ácana,
con ácana;
ay, ácana con ácana...
Con ácana.

...

Apunte

La Habana, con sus caderas
sonoras,
y sus moradas ojeras
a todas horas.

Danza de pasos medidos
danza la Muerte,
y le cuidan el mar fuerte
seis marineros dormidos.

Iba yo por un camino

Iba yo por un camino,
cuando con la Muerte di.
-¡Amigo! -gritó la Muerte-
pero no le respondí,
pero no le respondí;
miré no más a la Muerte,
pero no le respondí.

Llevaba yo un lirio blanco,
cuando con la Muerte di.

Me pidió el lirio la Muerte,
pero no le respondí,
pero no le respondí;
miré no más a la Muerte,
pero no le respondí.

Ay, Muerte,
si otra vez volviera a verte,
iba a platicar contigo
como un amigo:

mi lirio, sobre tu pecho,
como un amigo:

mi beso, sobre tu mano,
como un amigo;

yo, detenido y sonriente,
como un amigo.

...

¡Ay, señora, mi vecina!...

¡Ay, señora, mi vecina,
se me murió la gallina!

Con su cresta colorada
y el traje amarillo entero,
ya no la veré ataviada,
paseando en el gallinero,
pues señora, mi vecina,
se me murió la gallina,
domingo de madrugada;

sí, señora, mi vecina,
domingo de madrugada;
ay, señora, mi vecina,
domingo de madrugada.

¡Míreme usted cómo sudo,
con el corral enlutado,
y el gallo viudo!

¡Míreme usted como lloro,
con el pecho destrozado
y el gallo a coro!

¡Ay, señora, mi vecina,
cómo no voy a llorar,
si se murió mi gallina!

...

La tarde pidiendo amor

La tarde pidiendo amor.
Aire frío, cielo gris.

Muerto sol.
La tarde pidiendo amor.

Pienso en sus ojos cerrados,
la tarde pidiendo amor,
y en sus rodillas sin sangre,
la tarde pidiendo amor,
y en sus manos de uñas verdes,
y en su frente sin color,
y en su garganta sellada...

La tarde pidiendo amor,
la tarde pidiendo amor,
la tarde pidiendo amor.

No.
No, que me sigue los pasos,
no;
que me habló, que me saluda,
no;
que miro pasar su entierro,²⁰
no;
que me sonrío, tendida,
tendida, suave y tendida,
sobre la tierra, tendida,

muerta de una vez, tendida...
No.

Rosa tú, melancólica...

El alma vuela y vuela
buscándote a lo lejos,

Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo.

Cuando la madrugada
va el campo humedeciendo,

y el día es como un niño
que despierta en el cielo,

Rosa tú, melancólica,
ojos de sombra llenos,

10

desde mi estrecha sábana
toco tu firme cuerpo.

Cuando ya el alto sol
ardió con su alto fuego,

cuando la tarde cae
del ocaso deshecho,

yo en mi lejana mesa
tu oscuro pan contemplo.

Y en la noche cargada
de ardoroso silencio,

Rosa tú, melancólica

rosa de mi recuerdo,

dorada, viva y húmeda,
bajando vas del techo,

tomas mi mano fría
y te me quedas viendo.

Cierro entonces los ojos,
pero siempre te veo

clavada allí, clavando
tu mirada en mi pecho,

larga mirada fija,
como un puñal de sueño.

...

Una canción a Stalin

Stalin, Capitán,
a quien Changó proteja y a quien resguarde Ochún...

A tu lado, cantando, los hombres libres van:
el chino, que respira con pulmón de volcán,
el negro, de ojos blancos y barbas de betún,
el blanco, de ojos verdes y barbas de azafrán.

Stalin, Capitán.
Tiembla Europa en su mapa de piedra y de carbón.

Mil siglos se desploman rodando sin contén.

Cañón
del Austro al Septentrión.

Cabezas y cabezas cortadas a cercén.
El mar arde lo mismo que un charco de alquitrán.

Bocas que ayer cantaban a la Verdad y el Bien
hoy bajo cuatro metros de amargo sueño están...

Stalin, Capitán.

Pero el futuro afinca, levanta su ilusión
allá en tu roja tierra donde es feliz el pan,
y altos pechos armados de una misma canción
las plumas de los buitres detienen, detendrán,
allá en tu helado cielo de llama y explosión.

Stalin, Capitán.

El jarro de magnolias, el floreal corazón
de Buda, despereza su extático ademán;
gravita un continente sobre el Mar del Japón:
rudo bloque de sangre de Siberia a Ceylán
y de Esmirna a Cantón...

Stalin, Capitán.

Tambores africanos con resonante son
sobre selva y desierto su vivo alerta dan,
más fiero que el metal con que ruge el león;
y alzando hasta el Pichincha la tormentosa sien
América convoca su puma y su caimán,

pero además engrasa su motor y su tren.

Odio por donde quiera verá el ciego alemán:
la paloma, el avión,
el pico del tucán,
el zoológico río de vasta indignación,
las flechas venenosas que en pleno blanco dan,
y aun el viento, impulsando sus ruedas de ciclón...

Stalin, Capitán,
a quien Changó proteja y a quien resguarde Ochún...

A tu lado, cantando, los hombres libres van:
el chino, que respira con pulmón de volcán
el negro, de ojos blancos y barbas de betún,
el blanco, de ojos verdes y barbas de azafrán...

¡Stalin, Capitán,
los pueblos que despierten, junto a ti marcharán!

...

Poema con niños

A Vicente Martínez

La escena, en un salón familiar. La madre, blanca, y su hijo. Un niño negro, uno chino, uno judío, que están de visita. Todos de doce años más o menos. La madre, sentada, hace labor, mientras a su lado, ellos juegan con unos soldaditos de plomo.

I

LA MADRE.- (Dirigiéndose al grupo.) ¿No ven? Aquí están mejor que allá, en la calle... No sé cómo hay madres despreocupadas, que dejan a sus hijos solos todo el día por esos mundos de Dios. (Se dirige al niño negro.) Y tú, ¿cómo te llamas?

EL NEGRO.- ¿Yo? Manuel. (Señalando al chino.) Y este se llama Luis. (Señalando al judío.) Y este se llama Jacobo...

LA MADRE.- Oye, ¿sabes que estás enterado, eh? ¿Vives cerca de aquí?

EL NEGRO.- ¿Yo? No, señora. (Señalando al chino.) Ni este tampoco. (Señalando al judío.) Ni este...

EL JUDÍO.- Yo vivo por allá por la calle de Acosta, cerca de la Terminal. Mi papá es zapatero. Yo quiero ser médico. Tengo una hermanita que toca el piano, pero como en casa no hay

piano, siempre va a casa de una amiga suya, que tiene un piano de cola... El otro día le dio un dolor...

LA MADRE.- ¿Al piano de cola o a tu hermanita?

EL JUDÍO.- (Ríe.) No; a la amiga de mi hermanita. Yo fui a buscar al doctor...

LA MADRE.- ¡Anjá! Pero ya se curó, ¿verdad?

EL JUDÍO.- Sí; se curó en seguida; no era un dolor muy fuerte...

LA MADRE.- ¡Qué bueno! (Dirigiéndose al niño chino.) ¿Y tú? A ver, cuéntame. ¿Cómo te llamas tú?

EL CHINO.- Luis...

LA MADRE.- ¿Luis? Verdad, hombre, si hace un momento lo había chismeadado el pícaro de Manuel... ¿Y qué, tú eres chino de China, Luis? ¿Tú sabes hablar en chino?

EL CHINO.- No, señora; mi padre es chino, pero yo no soy chino. Yo soy cubano, y mi mamá también.

EL HIJO.- ¡Mamá! ¡Mamá! (Señalando al chino.) El padre de este tenía una fonda, y la vendió...

LA MADRE.- ¿Sí? ¿Y cómo lo sabes tú, Rafaelito?

EL HIJO.- (Señalando al chino.) Porque este me lo dijo. ¿No es verdad, Luis?

EL CHINO.- Verdad, yo se lo dije, porque mamá me lo contó.

LA MADRE.- Bueno, a jugar, pero sin pleitos, ¿eh? No quiero disputas. Tú, Rafael, no te cojas los soldados para ti sólo, y dales a ellos también...

EL HIJO.- Sí, mamá, si ya se los repartí. Tocamos a seis cada uno. Ahora vamos a hacer una parada, porque los soldados se marchan a la guerra...

LA MADRE.- Bueno, en paz, y no me llames, porque estoy por allá dentro... (Vase.)

II

Los niños, solos, hablan mientras juegan con sus soldaditos.

EL HIJO.- Estos soldados me los regaló un capitán que vive ahí enfrente. Me los dio el día de mi santo.

EL NEGRO.- Yo nunca he tenido soldaditos como los tuyos. Oye: ¿no te fijas en que todos son iguales?

EL JUDÍO.- ¡Claro! Porque son de plomo. Pero los soldados de verdad...

EL HIJO.- ¿Qué?

EL JUDÍO.- ¡Pues que son distintos! Unos son altos y otros más pequeños. ¿Tú no ves que son hombres?

EL NEGRO.- Sí, señor; los hombres son distintos. Unos son grandes, como este dice, y otros son más chiquitos. Unos negros y otros blancos, y otros amarillos (señalando al chino) como este... Mi maestra dijo en la clase el otro día que los negros son menos que los blancos... ¡A mí me dio una pena!..

EL JUDÍO.- Sí... También un alemán que tiene una botica en la calle de Compostela me dijo que yo era un perro, y que a todos los de mi raza los debían matar. Yo no lo conozco ni nunca le hice nada. Y ni mi mamá ni mi papá tampoco... ¡Tenía más mal carácter!...

EL CHINO.- A mí me dijo también la maestra, que la raza amarilla era menos que la blanca... La blanca es la mejor...

EL HIJO.- Sí, yo lo leí en un libro que tengo: un libro de geografía. Pero dice mi mamá que eso es mentira; que todos los hombres y todos los niños son iguales. Yo no sé cómo va a ser, porque fíjate que ¿no ves?, yo tengo la carne de un color, y tú

(se dirige al chino) de otro, y tú (se dirige al negro) de otro, y tú (se dirige al judío) y tú... ¡Pues mira qué cosa! ¡Tú no, tú eres blanco igual que yo!

EL JUDÍO.- Es verdad; pero dicen que como tengo la nariz, así un poco... no sé... un poco larga, pues que soy menos que otras gentes que la tienen más corta. ¡Un lío! Yo me fijo en los hombres y en otros muchachos por ahí, que también tienen la nariz larga, y nadie les dice nada...

EL CHINO.- ¡Porque son cubanos!

EL NEGRO.- (Dirigiéndose al chino.) Sí... Tú también eres cubano, y tienes los ojos prendidos como los chinos...

EL CHINO.- ¡Porque mi padre era chino, animal!

EL NEGRO.- ¡Pues entonces tú no eres cubano! ¡Y no tienes que decirme animal! ¡Vete para Cantón!

EL CHINO.- ¡Y tú, vete para África, negro!

EL HIJO. -¡No griten, que viene mamá, y luego va a pelear!

EL JUDÍO.- ¿Pero tú no ves que este negro le dijo chino?

EL NEGRO.- ¡Cállate, tú, judío, perro, que tu padre es zapatero y tu familia...!

EL JUDÍO.- Y tu, carbón de piedra, y tú, mono, y tú...

(Todos se enredan a golpes, con gran escándalo. Aparece la madre, corriendo.)

III

LA MADRE.- ¡Pero qué es eso! ¿Se han vuelto locos? ¡A ver, Rafaelito, ven aquí! ¿Qué es lo que pasa?

EL HIJO.- Nada, mamá, que se pelearon por el color...

LA MADRE.- ¿Cómo por el color? No te entiendo...

EL HIJO.- Sí, te digo que por el color, mamá...

EL CHINO.- (Señalando al negro.) ¡Señora, porque este me dijo chino, y que me fuera para Cantón!

EL NEGRO.- Sí, y tú me dijiste negro, y que me fuera para África...

LA MADRE.- (Riendo.) ¡Pero, hombre! ¿Será posible? ¡Si todos son lo mismo!...

EL JUDÍO.- No, señora; yo no soy igual a un negro...

EL HIJO.- ¿Tú ves, mamá, como es por el color?

EL NEGRO.- Yo no soy igual a un chino...

EL CHINO.- ¡Míralo! ¡Ni yo quiero ser igual a ti!

EL HIJO.- ¿Tú ves, mamá, tú ves?

LA MADRE.- (Autoritariamente.) ¡Silencio! ¡Sentarse y escuchar! (Los niños obedecen, sentándose en el suelo, próximos a la madre, que comienza):

La sangre es un mar inmenso
que baña todas las playas...
Sobre sangre van los hombres,
navegando en sus barcazas:
reman, que reman, que reman,
¡nunca de remar descansan!

Al negro de negra piel
la sangre el cuerpo le baña;
la misma sangre, corriendo,
hierva bajo carne blanca.

¿Quién vio la carne amarilla,
cuando las venas estallan,
sangrar sino con la roja
sangre con que todos sangran?
¡Ay del que separa niños,
porque a los hombres separa!

El sol sale cada día,
va tocando en cada casa,
da un golpe con su bastón,
y suelta una carcajada...

¡Que salga la vida al sol,
de donde tantos la guardan,
y veréis como la vida
corre de sol empapada!

La vida vida saltando,
la vida suelta y sin vallas,
vida de la carne negra,
vida de la carne blanca,
y de la carne amarilla,

con sus sangres desplegadas...

(Los niños, fascinados, se van levantando, y rodean a la madre, que los abraza formando un grupo con ellos, pegados a su alrededor. Continúa):

Sobre sangre van los hombres
navegando en sus barcazas:
reman, que reman, que reman,
¡nunca de remar descansan!

¡Ay de quien no tenga sangre,
porque de remar acaba,
y si acaba de remar,
da con su cuerpo en la playa,
un cuerpo seco y vacío,
un cuerpo roto y sin alma,
un cuerpo roto y sin alma!...

...